

CHARLA-COLOQUIO SOBRE LA MÚSICA, LA IMPROVISACIÓN MUSICAL Y LA CREATIVIDAD EN EL AULA. Por Ana Justo Herrero, licenciada en Filosofía y Ciencias de la Educación (sección: Psicología) y profesora de Música en Educación Secundaria en la enseñanza pública.

A pesar de su amplia difusión la música continúa siendo un enigma.

Son muchas las personas que piensan que las artes son un lujo más que una necesidad y de que las palabras o las imágenes son los mejores medios de ejercer influencia en la mente humana. Los individuos que no aprecian la música creen que es una mera fuente de placer o una inofensiva diversión y no una necesidad. Sin duda esta debe ser la razón por la cual los políticos actuales rara vez conceden a la música un lugar destacado en los planes de estudio.

En esta época en que la Educación es cada vez más materialista –orientada a la obtención de un empleo bien remunerado más que a la vivencia de una experiencia personal enriquecedora- la música suele considerarse un “extra” en los programas escolares. La idea de que la música es tan poderosa que puede influir, tanto en los individuos como en su bienestar, ha desaparecido.

Tanto los músicos como los melómanos que no poseen una preparación profesional, saben que las grandes obras musicales nos aportan algo más que placer sensual, aunque éste sea, sin duda, parte de la experiencia musical.

De todos modos, la aportación de la música es algo difícil de definir.

En esta charla me gustaría hacer un intento de descubrir por qué la música nos afecta de forma tan intensa y por qué es una parte tan importante de nuestra cultura.

La música es un elemento presente en todas las culturas descubiertas hasta el momento. La producción musical es una de las actividades fundamentales del ser humano, tan característica de la especie como la pintura o el dibujo.

Entonces: ¿qué utilidad tiene la música?. Puede sin duda considerarse una forma de comunicación entre las personas, aunque no tengamos claro qué comunica. Si lográramos comprender como surgió, tal vez podríamos entender mejor su significado esencial.

Quizás en los orígenes de la música hubiera razones instintivas, encaminadas a la supervivencia de la especie, como la búsqueda de pareja. De lo que no cabe duda es de que parece que la música ha sido importante desde los orígenes de la humanidad. Algunos autores -como John Blacking- postulan que existen pruebas de que los primeros seres humanos sabían bailar y cantar cientos de miles de años antes de que apareciera el *homo sapiens sapiens*, capacitado para producir el habla tal y como la conocemos.

Debemos pensar también que, aunque en la actualidad estamos muy acostumbrados a pensar en la respuesta individual a la música, no debemos olvidar que durante gran parte de nuestra historia, la música ha sido, ante todo, una actividad grupal, con evidente función socializadora. En principio la música tuvo una función comunitaria. Dos buenos ejemplos son los rituales religiosos y los cantos de guerra. Se ha seguido utilizando como acompañamiento de actividades colectivas, en ceremonias sociales y celebraciones públicas, ya que la música provoca el efecto de intensificar y subrayar el sentimiento que evoca un acontecimiento en especial, a la vez que coordina los sentimientos de un grupo de personas. En la actualidad seguimos compartiendo esas funciones musicales con las llamadas culturas primitivas.

Por otra parte, debemos remarcar también la importancia de la relación de la música con el mundo emocional. De la capacidad de ésta a la hora de hacernos sentir y expresar los afectos. De ponernos, a través de las emociones, en verdadero contacto con nuestro cuerpo sensorio-motor, que se estructura en paralelo con nuestra configuración cognitivo-mental, como dice, siguiendo a Wilhelm Reich, el psicólogo y sociólogo Jerónimo Bellido en su interesante artículo: “Sentir y pensar”.

En suma, el potencial educativo y terapéutico que la música nos ofrece es tanto, que no podemos pasarlo por alto, ni para utilizarlo en la actualidad, ni escatimar en investigaciones para más provechosos usos futuros.

Me gustaría hacer ahora un repaso de algunas cuestiones que deben ser objeto de la Educación y que todo educador, profesor, maestro...debería tener en cuenta a la hora de encarar el proceso educativo.

Creo que una de las cuestiones más importantes es el fomentar el pensamiento crítico. Esto significa ser capaz de argumentar del mejor modo posible las propias ideas, para ello debemos poder debatir, razonar y criticar las ideas, en un diálogo con los demás, pero también con nosotros mismos y, en última instancia, destruir esas ideas si es para que “nazcan” otras “mejores”. Si no, correremos el riesgo de reproducir clichés, es decir, pensar lo que los medios de comunicación de masas y la sociedad, fundamentalmente consumista y competitiva, nos dicen sibilinamente que debemos pensar para ser ciudadanos útiles a sus fines.

Así, debemos hacer hincapié en que, si es verdad que hay que respetar a todas las personas, no así a las ideas, en el sentido de que éstas han de poder ser cuestionadas, siempre en la búsqueda de la mejor argumentación, pues es ésta la manera en la que el pensamiento puede avanzar.

Debería, por tanto, ser la escuela, los centros educativos, los que dotasen a la persona de la capacidad de analizar el mundo, de escudriñar, de entenderlo.

Lograr también que la educación dejase de fomentar la competitividad, valor que soterradamente se inculca y que está, en última instancia, muy relacionado con el modelo capitalista-consumista de culto al dinero. Que el esfuerzo exigido fomentase, sin embargo, valores como la *autosuperación*, necesaria para dar lo mejor de uno mismo, para descubrirse a uno mismo, y también la *cooperación*. De este modo quizás conviviesen de modo más armonioso en cada persona su individualidad -ya no su individualismo- y también su sentimiento de pertenencia al grupo. Es decir, entender que es necesario saber y sentir que uno es único- y darle el valor que merece- pero que formamos parte también de un entramado social que hay que respetar y cuidar.

Creo que el sistema educativo actual, aunque sea esto lo que pretenda, sigue, de manera encubierta, fomentando la competitividad.

Tener presente también, que no es educar la sobreabundancia de conocimientos, muchas veces inútiles; que esa sobreinformación acumulativa y sobre todo pasiva con que bombardeamos al alumno desde todas las instancias educativas, no hace más que reforzar el modelo de los medios de comunicación de masas como la televisión o internet.

En relación a lo dicho hasta el momento, creo que viene al caso una frase que Antonio Machado pone en voz de Juan de Mairena y que dice: “Aprendió tantas cosas – escribió mi maestro a la muerte de un amigo erudito- que no tuvo tiempo para pensar en ninguna de ellas.”

Pues no sólo es objetivo de la Educación aprender lo que es la cultura, sino también aprender lo que es la vida, la experiencia de la vida. Pues vivir es un aprendizaje que necesitamos ejercer constantemente, que es necesario reaprender una y otra vez.

Creo que otro objetivo de la Educación es enseñar que hacer bien o peor las cosas no puede ser indiferente. El esfuerzo tiene que ser reconocido, así como penalizada la vagancia, la pereza, el anquilosamiento, tanto del alumno como del maestro y éste último debería “predicar con el ejemplo”, pues la imitación sabemos que es un poderoso educador. Así, el profesor debería provocar la pasión y la curiosidad por las cosas y por las técnicas y enseñar a usarlas con rigor.

Por otro lado, algo que también se debería tener en cuenta es el no mimar aquellas disciplinas de mayor rentabilidad, es decir, no educar solamente según aconsejen las estadísticas de la demanda laboral y de consumo.

En fin, no hacer del sistema escolar un lugar de “represión”, de contención de la energía juvenil, ni un mero disciplinador, ni un clasificador de mano de obra, si no un lugar autónomo de desarrollo de la personalidad.

En relación a lo dicho hasta el momento se podrían subrayar algunos factores que se observan en el ámbito educativo y que entorpecen la tan perseguida calidad de la

educación. Por un lado podríamos hablar de factores estructurales: como el encerramiento durante un elevado número de horas y la pasividad a la que implícitamente obliga; y también la ausencia de verdaderos aprendizajes significativos, que provoca, entre otros síntomas, desinterés y aburrimiento, que favorecen, entre otras cosas, comportamientos disruptivos en el aula así como desmotivación por el acto de aprender, de conocer y descubrir.

Por otro lado podríamos hablar de factores pedagógicos: como la presión por la memorización como actividad principal del estudiante; o un currículum demasiado abstracto, excesivo o mal enseñado (recordemos que en muchas ocasiones es un profesor de otra materia quien imparte, por ejemplo, la de Música y esto ocurre también con otras asignaturas). Y ya, hablando concretamente de la Música en Educación Secundaria, materia de la que soy profesora, la baja consideración de la misma en comparación con otras materias, que, según parece, son más importantes para la vida. Reflejo de esto es el número de horas -cada vez son menos- que se le dedican en el horario lectivo de todos los cursos en que se imparte.

Dicho todo esto, mi pretensión es argumentar el porqué de la importancia de la creatividad y la improvisación en las aulas y de cómo la música es un vehículo muy adecuado para introducir estos elementos; así como de la importancia del componente emotivo en la música y también en el proceso educativo. Pues no debemos olvidar que para aprender, hay que desear, hay que querer hacerlo; y se aprende realmente algo cuando la persona está implicada emocionalmente, no sólo racionalmente.

La música consigue, por así decirlo, que sea no sólo un cerebro, una mente la que aprende, si no también el cuerpo, es decir, en la experiencia de la vivencia musical la persona se involucra como un todo. Se diría que se crea el equilibrio emoción-razón necesario para que el aprendizaje sea significativo y por tanto la educación sea integral.

A todos los adolescentes les gusta, incluso diría, que les apasiona la música. Debemos aprovechar esta circunstancia para que a través de la misma se esfuercen, hagan un ejercicio de autosuperación, también de cooperación y de una manera activa, participativa, expresiva, comunicativa, vivencial, emocional y racional al mismo tiempo, se acerquen y se adentren con pasión y curiosidad, desde lo que conocen y les

conmueve, en lo desconocido. Y al decir desconocido me estoy refiriendo a aprendizajes acerca de lo que es la cultura pero también de lo que es la vida, la experiencia de la vida y que todo ello favorezca, no sólo un pensamiento más crítico, sino, en última instancia, el desarrollo de su propia personalidad.

Nuestro acercamiento a la Educación propone la importancia de múltiples cuestiones, algunas de ellas son: la emoción, la creatividad, la improvisación y el juego.

Pensamos que una educación integral de la persona debe contemplar una educación que también sea emocional. Aprender a entender lo que sentimos nos permite gestionar y tolerar mejor nuestras emociones. Y si es cierto que gran parte de nuestro comportamiento está determinado por ellas, educar personas íntegras implica, además de posibilitar la adquisición de conocimientos, el trabajo con las emociones.

La música es un vehículo muy adecuado para este fin, ya que parte fundamental de la misma es su dimensión emocional. La experiencia de la vivencia musical obliga a la implicación emocional y esto supone que el alumno se implique en primera persona, es decir, que sea el protagonista de su propio aprendizaje.

Tampoco podemos olvidar la necesidad de empatía, el nivel de emocionalidad, que debe haber entre el profesor y el alumno, ya que éste último aprende también por imitación, por admiración y amor, no sólo hacia la sustancia de conocimiento, sino hacia quien la imparte.

Me gustaría plantear ahora dos cuestiones: la primera: ¿qué tiene la música de especial para posibilitar este tipo de aprendizaje emocional? y la segunda: ¿qué más virtudes posee la educación musical?. Para responder a estas preguntas quisiera hacer mención a los conocimientos que el Dr. En psiquiatría Anthony Storr expone en su libro *“La música y la mente: el fenómeno auditivo y el por qué de las pasiones”*.

El primer punto que voy a tratar es que somos seres emocionales. El autor propone que el sentido del oído está relacionado de una forma muy marcada con los sentimientos y las relaciones personales (no en vano el latido del corazón y la respiración de la madre son las primeras indicaciones que tiene el bebé de la existencia

de un mundo distinto de su ser). Sabemos, por otra parte, que la música es el “lenguaje del despertar emocional y psicológico”. Pensemos por un momento en como nos relacionamos con los bebés, les hablamos intuitivamente de una manera podríamos decir que musical. No contamos, al hablarles, con que capten los elementos del lenguaje relativos a la información objetiva, sino aquellos relativos a la expresividad emocional.

Parece que el cerebro humano estuviera organizado o preparado, en primera instancia, para responder a los aspectos emocionales y tonales de la voz humana. Cuando hablamos emotivamente nuestra manera de hablar se asemeja significativamente al lenguaje musical. Cuando no queremos transmitir emociones la forma en la que hablamos suele ser más lineal, más fría, más aséptica por así decirlo. Pensemos, por ejemplo, en el particular modo en como los presentadores de las noticias de radio o televisión dan la información.

Sabemos también que la música estimula emocionalmente. La música es estimulante. Ésta es una de las razones que impulsan a las personas a escuchar música o a participar de su producción. El individuo no musical se siente menos estimulado emocionalmente que el individuo con sensibilidad para la música.

En otro orden de cosas, podemos decir que la música estructura. Estructura el tiempo y el ritmo impuesto por la misma estructura los movimientos del cuerpo, ordena el sistema muscular, favorece el equilibrio y nos proporciona mayor armonía corporal, lo que aumenta nuestra sensación de bienestar.

Sabemos de los poderosos efectos terapéuticos de la música en personas afectadas de enfermedades neurológicas que repercuten en su motricidad. Los resultados pueden resultar sorprendentes. Mientras escuchan música, algunos pacientes son capaces de realizar movimientos voluntarios que no podrían hacer sin su mediación.

Por tanto, la música es terapéutica. Y si lo es en personas aquejadas de enfermedades neurológicas, ¿por qué no suponer que también lo es en personas sanas?. Y si esto es cierto, también los es que la música puede tener efectos muy dañinos —es muy curioso un tipo de epilepsia que parece ser debida exclusivamente a sus efectos—.

Sin llegar a estos extremos, todos hemos experimentado desde el leve desagrado al manifiesto malestar escuchando determinados tipos de música.

Otra cuestión es que la música nos vuelve “más inteligentes”. Las últimas investigaciones científicas siguen apuntando a que aquellas personas que desde su tierna infancia aprenden a tocar un instrumento, favorecen la interconexión de los hemisferios cerebrales y esto repercute en un mejor aprovechamiento de su potencial.

Si antes habíamos dicho que la música ordena el movimiento muscular, A. Storr va aún más allá sugiriendo que también facilita el orden mental. La música ayuda a organizar la sobrecarga de estímulos auditivos, de este modo aprendemos a imponer nuestro criterio para procesar la información que recibimos, a excluir lo irrelevante y a prestar atención a lo importante. De esta forma descubrimos o creamos un orden en el mundo. Es decir, la música nos sirve para ordenar nuestras acciones y dar un sentido estructurado al mundo que nos rodea.

Storr además opina que la educación musical produce un buen efecto sobre el estudio de otras materias, aunque, probablemente los políticos y los responsables de los planes educativos no piensen de igual modo.

Según su parecer, las investigaciones futuras demostrarán que las personas que han recibido una educación musical adecuada en su infancia se integran mejor a la vida en la madurez. Por tanto, estas personas tienen más posibilidades de ser felices y productivas.

Por otro lado, si los educadores y los padres esperan que sus hijos reciban la influencia de las grandes obras literarias puesto que enriquecen la comprensión de la realidad, propician la adaptación y aumentan la capacidad de disfrutar de la vida, si las grandes mentes literarias del pasado conforman una importante parte de la educación, ¿por qué no pensar que la música tiene efectos similares para la educación emocional?

Y, en fin, si los grandes pensadores de la Historia occidental, desde la antigüedad, como Sócrates o Platón, que pensaban en la música como un poderoso instrumento educativo que podía transformar la personalidad de los que la estudiaban,

induciéndolos a alcanzar la armonía y el orden interiores, hasta personalidades de la talla de Schopenhauer o Nietzsche, que la consideraban el complemento del aprendizaje filosófico y científico creando mayor armonía entre lo intelectual y lo emocional; si estas grandes mentes y muchas otras a lo largo de la Historia daban esa importancia a la educación musical y apreciaban sus virtudes, sería un acto de ignorancia que no debemos permitirnos, el negar a todos los miembros de la sociedad la oportunidad de participar de sus beneficios.

Pasando ahora a tratar el siguiente punto, decir que cuando hablamos de improvisación en música podemos referirnos al hecho de identificar en un mismo acto creación y ejecución musical. Por tanto, una creación instantánea libre de toda consigna preestablecida. Pero también podemos referirnos al hecho de añadir algunos adornos -notas o breves fragmentos musicales- a una obra previamente elaborada.

Pensar en improvisación musical es pensar en músicas como el jazz, pero también en el bajo continuo del Barroco, en la *cadenza* del concierto clásico, en la música para órgano, en la aleatoria o en algunas músicas populares y tradicionales. En realidad, la improvisación ha estado presente en la Historia de la Música desde siempre, pues la música, en sus orígenes fue una expresión espontánea del ser humano. El intérprete y el compositor eran la misma persona. A medida que las sociedades se fueron haciendo más complejas, las tareas se especializaron y también se especializaron los músicos, diferenciándose progresivamente intérprete y compositor.

A pesar de todo, de un modo u otro, la improvisación siempre ha estado presente, no sólo en la música culta occidental, sino que ha ocupado un lugar muy importante en las músicas tradicionales de todo el mundo –en el norte de la India, en Irán, en Túnez...hasta aquí, en Galicia-.

Y lo mismo ocurre con el jazz. No podemos concebir este tipo de música popular sin tener en cuenta la improvisación. Acerca de esta música, el autor Jerry Coker dice que son cinco los factores principales responsables del resultado de la improvisación: La intuición, que determinaría la originalidad de la improvisación; el intelecto, que ayudaría a solventar los problemas técnicos y a desarrollar la forma; la

emoción, que determinaría el carácter de la improvisación; el sentido de las alturas, que transforma los sonidos oídos en notas con nombre y sus digitaciones; y el hábito de ejecución, que permite a los dedos encontrar rápidamente “lo que buscan”.

Observamos que improvisar es un proceso donde el intelecto, la emoción y el bagaje previo se dan la mano en un acto creativo en el que, por un lado, la asunción de unos esquemas y pautas y, por otro, la libertad creadora necesitan coordinarse para desarrollar la ideación musical. En la improvisación, razón y emoción caminan juntas.

Además, como manifestación expresiva espontánea tiene un gran valor educativo, pues observando como improvisan, les permite a los alumnos y nos permite a los profesores captar como aprenden, como van resolviendo los problemas que se les plantean. Podríamos decir que se trata de un “aprendizaje vivo”.

La improvisación es también unos de los contextos más completos de la educación musical, pues la práctica del “discurso musical” sería el equivalente al habla cotidiana y coloquial. También, como practica musical, sirve como medio de entrenamiento para conectar aprendizajes previos y transferirlos a situaciones nuevas.

Para finalizar, me gustaría decir que, creo que durante mucho tiempo la educación musical en Occidente ha estado marcada por un intelectualismo que ha alejado al alumno de toda manifestación más o menos espontánea y creativa. Autores como Willems, Dalcroze, Martenot, Carl Orff o R.Murray Schafer han reivindicado una enseñanza basada en recuperar todas aquellas capacidades que habían quedado bloqueadas por una enseñanza excesivamente teórica. Nosotros hoy volvemos a hacer hincapié en la importancia de educar de un modo en que, además de poner en juego la emoción y la razón, se integren la mente y el cuerpo -ya que, como dice Antonio Damasio, son la misma cosa- y se ejercite la creatividad, pues es ésta una de las maneras más importantes que tiene el ser humano de aprender, de aprender y de adaptarse a la vida, pues la rigidez nos hace vulnerables y la creatividad nos fortalece, al ayudarnos en la constante adaptación que, en última instancia, es la vida.

Quisiera terminar con unas palabras del médico y psiquiatra Wilhelm Reich que encuentro muy apropiadas al hilo de esta exposición y que, desde mi punto de vista,

definen lo que debería ser también la educación: “Amor, trabajo y conocimiento son las fuentes de nuestra vida, también deberían guiarla”.

*III Encontros de Filosofia na costa da Morte.
A pergunta pola Música ou como pensar a voces.
Cee. Setembro, 2011.*